

GERONTOLOGIA, PSICOLOGIA DEL NIÑO
Y ESTUDIO DEL DESARROLLO

CHRISTIANE GILLIÈRON

Universidad de Ginebra

Gerontología, geriatría... para muchos estas dos disciplinas se confunden. ¿«Disciplinas» o «ciencias»? El «Nouveau Petit Larousse en Couleurs» (1968), prudentemente define: «*Gerontología*. Estudio de los fenómenos del envejecimiento. / Estudio de la vejez bajo sus diversos aspectos, morfológicos, fisiopatológicos (geriatría), psicológicos, sociales, etc.»

Este estudio, este discurso, como puede verse, debería confesarse pluridisciplinario. Pero, si ya psicología y psiquiatría se distinguen mal una de otra, la gerontología y la geriatría son aún de manera más evidente asimiladas la una a la otra aunque no sea siempre de manera legítima.

En efecto, un campo de estudio cuando acaba de ser descubierto, se convierte más en la «posesión» de los que lo exploran que de los que lo han ignorado. Pero sucede que en Europa los pioneros del estudio del envejecimiento han sido principalmente médicos (Bourlière, Verzár), mientras que en los países anglosajones eran psicólogos y sociólogos (Bayley, Birren, Havighurst, Schaie). Por consiguiente, la gerontología europea tiene una tendencia medicalizante que se añade, desgraciadamente, a las actitudes sociales espontáneas que consideran la vejez como una enfermedad.

Como contribución al proyecto de una gerontología verdadera, es decir, pluridisciplinaria, me propongo en este artículo analizar los presupuestos subyacentes a las concepciones tradicionales del desarrollo y de la vejez, para mostrar a continuación de qué manera las tres psicologías del niño, del adulto, del anciano, se iluminan mutuamente, y cómo únicamente la consideración de las tres edades de la vida autorizaría una teoría del desarrollo digna de este nombre.

Los estudios citados serán utilizados como ilustraciones, y el artículo no pretende ser exhaustivo. En su aspecto parcial, o partidista, no pretende proporcionar una revisión de la cuestión (aunque la bibliografía que le sigue pueda permitir al lector descubrir las investigaciones recientes en el campo que le interese). Pretende más bien situar en un marco teórico los hechos y los problemas de la psicología gerontológica. El niño, aunque constituye el objeto privilegiado de los psicólogos genéticos, nunca ha constituido en cuanto tal su «tema»; pero ciertamente, la psicología del niño se ha beneficiado de sus trabajos. El adulto y el anciano, descubiertos más recientemente, pueden ser estudiados de manera análoga desde una óptica genética. Ya se trate del niño, del adulto o del anciano, la psicología del desarrollo prosigue una tarea: comprender las etapas de una historia mediante el estudio de los cambios que la califican.

EL TRASFONDO DE LAS TEORÍAS DEL DESARROLLO

¿Un nuevo test proyectivo?

«¿Y si fuera un modelo, qué diría usted de él?» Las pocas personas de mi alrededor interrogadas informalmente no han experimentado ninguna dificultad para comentar la figura 1. Conocían mis preocupaciones del momento, sea. Pero usted mismo, en el contexto del discurso que nos ocupa, ¿tendría igualmente una comprensión inmediata de lo que este gráfico podría representar?



Fig. 1. (Ver texto).

No se da ninguna indicación acerca de las dos variables en juego, sin embargo, ¿no parece quizás que la edad figura en la abscisa y que la curva simboliza la existencia? ¿Acaso no se ven en ella las tres fases: la infancia (la subida), la edad adulta (la estabilidad), y la vejez (la bajada)? Ciertamente, esta esquematización es grosera, pero me parece importante reconocer inicialmente su fuerza. El hecho de que todos podemos precisar a qué acontecimiento nos remiten los accidentes de la curva, o modificarla en función de nuestras propias concepciones, implica la existencia de un modelo, de una metáfora común, de un arquetipo. Es este arquetipo el que guiará la interpretación de funciones particulares y permitirá dar un sentido a las múltiples gráficas que la investigación empírica puede producir. Entre los accidentes que presentan las curvas observadas, permitirá distinguir lo accidental de lo esencial, proporcionando criterios implícitos. Ya se trate de C.I., de amplitud de memoria, de fuerza manual, las medidas *deberán* pasar por *un* máximo...

Las casi mil personas de todas las edades interrogadas por Back y Bour-

que (1970) parecían a su vez guiadas por este modelo interno. Al rogarles que dibujaran la gráfica de su existencia, produjeron la misma curva prototípica. Aunque se pueda dudar de que el «Draw-A-Graph-Test» sea un test proyectivo y que mida el sentimiento subjetivo de felicidad —cosa que pretenden ingenuamente sus autores—, puede, no obstante, ser revelador de la visión del mundo que preside la elección o el reconocimiento de un modelo, de una teoría. En efecto, semejante arquetipo está asociado a una serie de hipótesis cosmológicas («world hypotheses», recogiendo el término de Pepper, 1942). Ahora bien, éstas, lejos de estar ausentes de las teorías del desarrollo, constituyen por el contrario sus fundamentos epistemológicos.

Todo conocimiento es el producto de una génesis, el fruto de una construcción humana. Los discursos científicos mismos no escapan a la «subjetividad». Piaget, cuya obra entera tiene como objeto la elaboración de una epistemología genética, escribe (1958, pp. 65-66):

«... estas nociones (...), como por otra parte toda nuestra psicología de las funciones cognitivas, provienen de una «intuición» o de un «modelo» anteriores a nuestra formación psicológica. Se quiera o no, casi todos los psicólogos se inspiran al principio en tales modelos que tienen para ellos un papel fundamental, o la vez heurístico e interpretativo».

El esquema de la figura 1, en la medida en que describe la evolución psicológica, remite también a una teoría implícita.

Desarrollo y envejecimiento

El tiempo, dimensión esencial de toda descripción histórica, desempeña desgraciadamente un papel muy ambiguo. En efecto, en el momento en que una descripción se refiere a un fenómeno, es el mismo fenómeno el que proporciona al teórico las señales de su cadencia propia, de sus límites, de sus cortes, de sus estadios. Un físico, por ejemplo, se interesa por los estados de un cuerpo. Después de haber fijado las condiciones experimentales en las que se va a desarrollar su estudio (presión constante, temperatura en aumento, etc.), deberá decidir cuándo tiene que empezar su observación y cuándo tiene que interrumpirla. Aunque los límites temporales que se asigna sean susceptibles de variar, no pueden ser totalmente arbitrarios. La observación tendrá que empezar antes y detenerse cuando hayan tenido lugar cambios significativos. Además, las unidades temporales que el experimentador introduce con fines de análisis desempeñan un papel subsidiario: permiten ordenar los acontecimientos y descubrir coincidencias. Pero incluso en física sería milagroso que puntuasen un desarrollo según su ritmo propio. Un proceso no queda jamás definido únicamente por el enfoque de la mirada: los fenómenos, en cuanto tales, oponen al observador su unidad interna.

Si el objeto posee una *existencia* propia, no tiene, sin embargo, en física, ninguna *identidad*, contrariamente a lo que sucede a nivel orgánico o psicológico. Desde el punto de vista de las leyes físicas, todos los seres son intercambiables,

puesto que se definen por la constelación de las propiedades que los caracterizan. Aunque estas propiedades son relativamente numerosas, la comprensión de un proceso no encuentra obstáculo, en principio. El tiempo puede no constituir un factor significativo del fenómeno estudiado (en el caso de que no sea la duración como tal la que explique la evolución, sino los múltiples acontecimientos que intervienen. No obstante, la marcación que permite se revela útil para la identificación de los factores pertinentes: en efecto, las congruencias podrán detectarse comparando la evolución en el tiempo de los diferentes parámetros. La simultaneidad de cambios característicos podrá constituir el índice de vínculos causales. Por otra parte, no hay duda que la ley que se formulará podrá ser especificada también en términos temporales: en el ámbito material, en el que los objetos son anónimos, en igualdad de condiciones todas las cronologías se confunden, y las variaciones observadas pueden únicamente imputarse a los errores de medida.

No sucede lo mismo en biología o psicología. Como acontece con toda evolución, comprender la de un organismo o la de una mentalidad supone que se puedan descubrir sus propiedades esenciales. Pero, contrariamente a lo que sucede con las piedras o con las galaxias, al ser vivo se le atribuye una memoria. Incluso en el laboratorio, una célula no es indiferente a su historia. No tiene la docilidad de una bola, que puede rodar sobre un plano inclinado tantas veces como el experimentador desee. A pesar de los artificios desplegados para convertirla científicamente en «alguien», su pasado podrá siempre ofuscar su presente.

En general, al no poder dominar este pasado, el investigador tendrá que escoger entre dos estrategias. Primeramente, podrá ahogar los diferentes pasados individuales remitiéndose a la ley de los grandes números. Para trazar una evolución-tipo, determinará los valores estadísticos de algunos parámetros escogidos. O bien —y es la segunda posibilidad— escogerá describir minuciosamente un número limitado de historias individuales, esperando, con su comparación, descubrir los índices significativos de su desarrollo. Teniendo en cuenta la naturaleza de los seres que estudia, y por el hecho mismo de que se considera naturalista y no historiador, el biólogo o el psicólogo se encuentra encerrado en un dilema. Tiene como finalidad la de formular leyes generales y no comprender casos únicos; pero, sea cual fuere la aproximación que escoja, corre el riesgo de no «estudiar científicamente su objeto».

En efecto, en el primer caso, la «evolución media» que reconstruye podría no describir ninguno de los sujetos de la muestra, y por consiguiente, no alcanzaría su objeto (es conocido el monstruo al que había llegado Quetelet al intentar, con la suma de «órganos medios», reconstruir un «cuerpo humano medio»). En el segundo caso, la comparación que persigue, no pudiéndose realizar sobre la base de marcas temporales exteriores, tiene que apoyarse, pues, sobre *acontecimientos* que jalonan las diferentes evoluciones, y corre el riesgo entonces de carecer de rigor.

Se puede ver que el recurso a unidades temporales arbitrarias y fijas para dar cuenta de una evolución se concibe como vía de análisis y de prueba. Pero el

tiempo, en principio, desempeña el papel de un lugar externo de marcación. Más allá del ámbito de lo físico, las cronologías que autoriza no son susceptibles de ser erigidas en leyes, puesto que las variaciones observadas pueden ser atribuidas tanto a los errores de medidas como a los individuos mismos a quienes se estudia.

El esquema de la figura 1 revela aquí su ambigüedad. Para conferirle un sentido es necesario especificar todos sus elementos. Pero pueden añadirse dos comentarios de muy distinta naturaleza, típicos, cada uno, de una determinada actitud metodológica.

1) Se puede empezar por definir los ejes en términos de medidas: la abscisa representa el tiempo, la ordenada una cantidad especificada. La curva expresa, pues, la variación de un parámetro escogido, por ejemplo, el porcentaje de partidas ganadas por un jugador de ajedrez, en función de la edad cronológica (ver la figura 2 como un ejemplo ficticio, y Elo, 1965, para casos reales). Esta opción no plantea problemas mientras no se requiera interpretar las medidas en términos teóricos. Por el contrario, si se quisiera vincular la función a una hipótesis general, si se quisiera introducir un término de referencia entre dos curvas particulares, si se las quisiera *utilizar*, se chocaría frontalmente de golpe con los límites bien conocidos que fija el operacionalismo. Resulta cómodo referir una curva monótona a una dimensión teórica («el éxito es lo que mide... etc.), pero una curva compuesta no se presta a una descripción global. Obliga a una explicación fragmentada e invita con ello a renunciar a un proyecto de validación de un «constructo». Nuestra curva puede detallarse de la manera siguiente: la parte ascendente «significa» crecimiento, la parte horizontal estabilidad, y la parte descendente, declive. Se ve claramente que sólo se trata de paráfrasis. Identificando, por el contrario, la fase de crecimiento con el desarrollo, la de declive con el envejecimiento, uno se compromete más, pero al mismo tiempo se obliga a examinar las relaciones entre la dimensión teórica en juego y la medida en que se supone «operacionalizarla». Es precisamente lo que se intenta elucidar desde un principio, cuando se adopta la segunda aproximación.

2) La segunda opción consiste en plantear de entrada el problema de las dimensiones teóricas en los términos en los que la curva debería ser interpretada: el desarrollo y el envejecimiento. Una y otra están vinculadas a la edad cronológica; si fuera posible definir medidas para ellas, dos funciones podrían ser esbozadas. La «puntuación de desarrollo», por ejemplo, aumentaría con la edad hasta un determinado momento en que permanecería constante. En cuanto a la «puntuación de envejecimiento», nula durante un período, aumentaría regularmente a continuación (v. figura 3). Sin embargo, estas puntuaciones son, a su vez, puramente teóricas, y su traducción en términos de observables no es una empresa desprovista de problemas. En efecto, si para cada dimensión se pudiese definir un indicador, toda medida sería unívoca. Pero, en la mayoría de los casos, el mismo indicador sirve por partida doble: una variación positiva «mide» el desarrollo y una variación negativa «mide» el envejecimiento. Ahora bien, precisamente en esto radica la dificultad. Sería necesario que el envejecimiento fuera

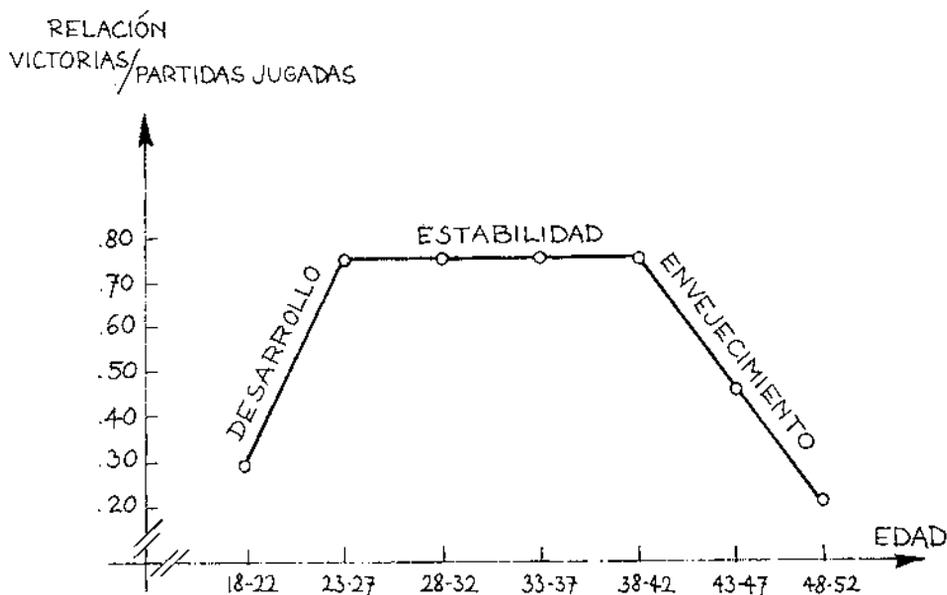


Fig. 2. Primera interpretación de la curva prototipo presentada en la Fig. 1. Los ejes están definidos en términos operacionales. La curva muestra la evolución de las performances de un jugador de ajedrez ficticio en función de la edad cronológica.

nulo en dicho momento para que una cantidad indique el grado de desarrollo en un determinado momento. Para que la misma cantidad indique el grado de envejecimiento, el desarrollo tendría que ser nulo. En todos los demás casos, un mismo valor corresponde a combinaciones diferentes. Por otra parte, una pendiente nula puede significar dos cosas: ausencia de desarrollo y envejecimiento... o desarrollo y envejecimiento concurrentes, cuyos efectos se compensan exactamente. Queda claro que por definición, una medida puntual es no interpretable. Según cual sea la zona a la que se dirija la atención, se percibirá el tiempo como benéfico o devastador. Una misma ejecución, considerada a una determinada edad como signo de desarrollo, será considerada a otra edad como la expresión del envejecimiento. Sin embargo, no podremos darnos otro criterios que la curva de evolución de la medida misma. Es por el hecho que la curva presenta un máximo que una medida dada puede constituir un signo de declive.

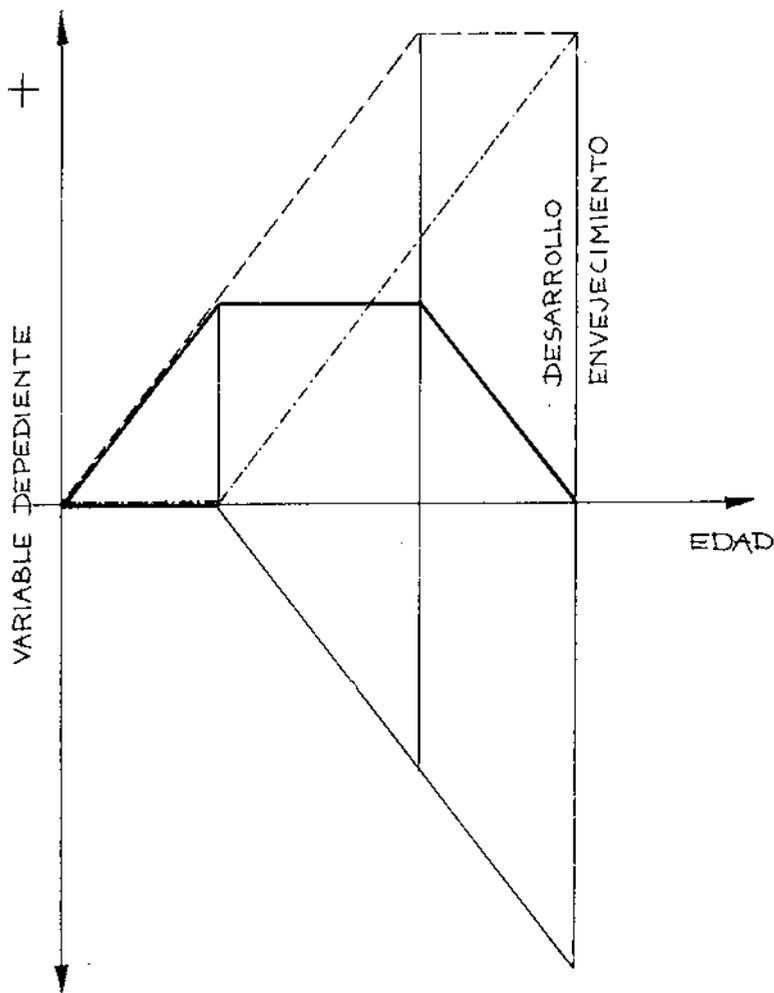


FIG. 3. Una determinada performance (variable dependiente) puede ser utilizada para medir el desarrollo y el envejecimiento. Las puntuaciones teóricas de desarrollo y envejecimiento, cuyas funciones están representadas en trazos discontinuos, deben ser traducidas respectivamente por un crecimiento y una disminución de los valores de la variable dependiente. La curva resultante se explica pues por la composición de dos influencias que actúan simultáneamente sobre la misma medida.

Así, pues, desarrollo y envejecimiento pueden verse desde el nacimiento (Pacaud, 1965; Riley, 1979) en la medida en que se contemplan desde una perspectiva teórica. Ciertamente, puede comprenderse que se haya escogido al niño para estudiar el desarrollo y al anciano para estudiar el envejecimiento. Pero habría que evitar que semejante decisión, de orden práctico, llevase a una confusión conceptual. El niño se desarrolla y envejece del mismo modo que el adulto y el anciano.

Únicamente un marco teórico explícito que establezca un vínculo entre factores teóricos y los observables, podría permitir que «desarrollo» y «envejecimiento» representasen algo más que simples etiquetas, algo más que términos importados que resumen con excesiva facilidad el aspecto de una curva de resultados. Y veremos inmediatamente que se trata de términos «importados».

La cosmología organicista

El lector de Charlotte Bühler habrá reconocido sin duda que la Figura 1, reproduce, prácticamente sin modificación, lo que dicha autora denomina «*biologisches Grundschemata*» (1933, p.14) o «*biologische Lebenskurve*» (1957, p.9). En efecto, es lo que intuitivamente nos sentimos impulsados a reconocer: tal como se presenta al sentido común, la idea de desarrollo está vinculada a la de crecimiento biológico. Pero la ontogénesis, actualización de potencialidades hereditarias, se detiene por definición en el estadio adulto en el que el individuo ya no puede seguir creciendo (a no ser en un sentido metafórico, procreando o produciendo). Aceptando sin más este esquema, se hipoteca la definición misma de lo psicológico: si la evolución psicológica es paralela al crecimiento biológico, es que le está subordinada. Semejante presunción es suficientemente importante para que la examinemos más de cerca.

Reese y Overton (1970) clasifican las teorías psicológicas en dos grandes categorías: teorías mecanicistas y teorías organicistas. Según la visión mecanicista —afirman los autores— el ser humano es considerado en último término como una máquina. Su conducta puede ser explicada en términos de causalidad eficiente, sus conocimientos son la suma de sus experiencias, su desarrollo no es más que la manifestación de un aumento de saberes, residuos a su vez de reacciones anteriores. Su historia es cuantitativa. Cada manifestación global puede ser comprendida por el análisis de las manifestaciones parciales que la componen.

Según estos mismos autores, los psicólogos organicistas se basan sobre postulados opuestos. Su «objeto» es un ser activo, un centro organizador. Sus comportamientos escapan a una explicación atomística (porque el todo es mayor que la suma de las partes), y no pueden ser analizados en términos de causalidad eficiente. El desarrollo es una construcción definida por un vector y por etapas que pueden ser designadas en términos cualitativos.

Presentada de esta manera, la visión organicista aparecerá como antirreduccionista, y en efecto lo es, por contraste. Por tanto, no hay que asombrarse en absoluto de encontrar en la segunda categoría la mayor parte de las teorías del desarrollo: la dicotomía establecida por Reese y Overton conduce esencialmente a la oposición de los behaviorismos a las psicologías. Sin embargo, dicha dicotomía no es garantía contra todo reduccionismo: éste puede aparecer a otro nivel, y es necesario comprenderlo si se quiere estudiar el desarrollo psicológico. Una cosa es distinguir lo vivo de lo inerte y declararlos irreductibles el uno al otro. Otra cosa es admitir que la emergencia de la conciencia y del lenguaje, de la re-

flexión, de las «funciones intelectuales superiores», justifica una distinción análoga entre lo simbólico y lo vivo, entre lo actuado y lo reflexionado. Algunas psicologías estaban construidas como reacción contra el reduccionismo mecanicista, que postula una correspondencia directa entre los fenómenos vivos y la infraestructura físico-química. Otras psicologías afirman también claramente que entre una función psicológica y el material («hardware») anatomo-fisiológico existe una dependencia, ciertamente, pero de naturaleza tan compleja que impide toda deducción directa.

La clasificación de Reese y Overton, por discutible que sea, no es menos reveladora. Mientras que estos autores pretenden aplicar a las teorías psicológicas el análisis metafísico de Pepper (1942), de hecho sólo han conservado los términos que están intuitivamente más directamente vinculados al *objeto* de la psicología. Es porque el psicólogo, como el biólogo, estudia organismos, que Reese y Overton han buscado qué metáfora, la máquina o el organismo, se utilizaba en las teorías psicológicas. Pero limitando a dos las «metateorías», que les sirven de criterio de clasificación, han abierto la puerta a otra forma de reduccionismo, el organicismo, según el cual el desarrollo psicológico es un epifenómeno del desarrollo sin más.

Ahora bien, si un comportamiento tiene que ser evidentemente de algo o de alguien, para ser comprendido no debe ser analizado obligatoriamente en términos distintos de los psicológicos. El envejecimiento celular es un fenómeno orgánico indiscutible; una determinada función biológica se altera con la edad. Pero invocar *a priori* esta evolución con el fin de justificar la hipótesis de un declive intelectual, supone situarse en el marco definido de una cierta cosmología. Aceptándolo, se delimita por decreto el campo legítimo de un estudio del desarrollo. Éste sólo tendrá credibilidad respecto a la infancia y al envejecimiento, que corresponden respectivamente a la fase biológica de la ontogénesis y de la involución orgánica. Únicamente estas dos edades podrán ser descritas normativamente, y quedará prohibido buscar en la historia de individuos adultos una sistematicidad cualquiera, pues los factores socioculturales que intervienen solos son demasiado variables para determinar secuencias fijas no contingentes.

Por el contrario, negándose a subordinar el desarrollo psicológico al desarrollo biológico, por ejemplo, una actitud dialéctica (ver Riegel, 1975), el investigador se impone como meta comprender en qué se parecen y en qué difieren las evoluciones, de la infancia, de la edad adulta, de la vejez. En el envejecimiento psicológico no tendrá que ser la copia inversa del desarrollo, tampoco caracterizará una fase o una edad determinada. Los cambios debidos a la edad podrán ser vistos, a lo largo de la existencia, bajo el ángulo de su función adaptativa.

PROBLEMAS METODOLÓGICOS

Freud, Piaget, Skinner, aunque difieren esencialmente en cuanto a su cosmología, tienen no obstante cierta actitud metodológica común: estudian a un

individuo a la vez. Admitiremos con ellos que una psicología del cambio (que se llama psicología del «desarrollo» o del «aprendizaje», las opiniones difieren...) no puede alcanzar lo general sin pasar por lo particular. Siendo así, ¿cuáles son los medios de la investigación empírica y cuáles son sus límites?

Se pueden imaginar estudios de casos semejantes a los que Piaget realizó con sus propios hijos pero que trazarian detalladamente la evolución de individuos en los diversos períodos de su existencia. Es la vía que adoptaba Charlotte Bühler en 1933 cuando analizaba 250 biografías manifestando con ello su convicción de que el desarrollo tiene que comprenderse a escala de la existencia y dentro de un cierto contexto. Sin embargo, un análisis psicológico muy fino requiere un material apropiado.

Los estudios retrospectivos en los que se recurre a documentos de archivos, diarios, cuadernos, biografías, cartas, presentan lagunas evidentes. Así, los documentos personales dejarán en la sombra períodos importantes, especialmente la infancia. En tanto que fuentes primarias, pueden proporcionar indicaciones acerca de la manera cómo el individuo ve su vida, pero esta misma razón impide que sean interpretadas directamente. En cuanto a los documentos de segunda mano, hacen intervenir una visión particular, la del historiador, o del biógrafo, y por ello tendrán que ser sometidos también a una exégesis.

Los estudios prospectivos, más corrientes y mejor reconocidos, no son, sin embargo, inocentes. Las inclinaciones personales del investigador, inevitables, no tendrían que ser mencionadas especialmente si no hubiera que señalar una característica propia de los estudios a largo plazo. Además de la evolución que se puede llamar «interna», que interviene naturalmente en toda investigación (a medida que avanza en su estudio, el investigador modifica sus teorías, sus creencias, su manera de ver, su enfoque), hay que mencionar la evolución externa, que caracteriza al investigador por el hecho mismo de ser un ser humano. Esta evolución puede ser ignorada cuando la investigación se prosigue durante un tiempo limitado, cinco o diez años. Pero el problema adquiere importancia en una investigación longitudinal que se prolonga durante decenios. El psicólogo envejece y se desarrolla al mismo tiempo que su sujeto. Y a no ser que se postule que el sujeto se desarrolla (o envejece) a mayor velocidad que él, tendrá mucha dificultad en delimitar aquello que, del medidor o del medido, proporciona la parte más grande de las variaciones observadas. Prever una investigación colectiva emprendida por un equipo en el que los miembros se renuevan, utilizar instrumentos «objetivos», es decir, operacionales, no permite escapar totalmente a estas críticas. Las concepciones de lo que hay que observar cambian en la historia de la disciplina, y para permanecer «objetivos», los instrumentos deben ser adaptados a la población estudiada. Incluso los tests son readaptados periódicamente.

Aunque el método longitudinal parece constituir una aproximación natural del estudio del desarrollo, no es el ideal. Como estrategia, está vinculada a las contingencias de la táctica, y no puede ser valorado en abstracto. Por tanto, tenemos que examinar, con relación a los problemas que nos interesan, en qué

difiere de la estrategia transversal y cuáles son las ventajas y los inconvenientes inherentes a los dos enfoques.

Longitudinal y transversal: problemas comunes a los dos enfoques

A escala de la evolución biológica, el tiempo necesario para que se produzca un cambio esencial es considerado muy largo, tanto si se calcula en años como en generaciones. La aparición de un carácter nuevo supera ampliamente el siglo, el siglo que coincide casi perfectamente con la edad de la psicología llamada científica. Un postulado implícito de esta psicología (la estabilidad del sujeto humano que ella estudia) revela, pues, una vez más, su origen organicista. Afirmar que el sujeto es estable es afirmar que desde el punto de vista de su naturaleza, de sus órganos, más allá de las diferencias percibidas, todo ser humano es susceptible de proporcionar un modelo de la especie, válido por un tiempo que supera ampliamente el de la investigación. Cualquiera que sea el lugar y el momento de su nacimiento, todo individuo normal presenta un fenotipo psicológico que es el indicador de un cierto genotipo. Una psicología comparada podría ciertamente poner en evidencia una variabilidad de los fenotipos pero la uniformización del medio acarrearía una desaparición rápida de estas diferencias, señal de que están vinculadas a la adaptación individual y no a la de la especie. En esta óptica, las diferencias que se observarían (las que de hecho se observan) entre las «generaciones» serían por definición sin interés. Únicamente contaría la puesta en evidencia de aquello que les es común.

Las «formas» psicológicas, mientras son concebidas como fenotipos, sólo dependen de los factores socio-culturales en un sentido muy particular: éstos constituyen condiciones necesarias para la actualización de potencialidades hereditarias, sin más. Sin embargo, incluso sin remontarse muy alto en la jerarquía de las funciones cognitivas, incluso sin discutir el estatus de las estructuras operatorias formales —que son muy discutidas— podemos preguntarnos qué implica desde el punto de vista de la epistemología psicológica el hecho de que la mona Washoe y otros congéneres parecen poder comportarse muy honorablemente una vez sumergidos en un determinado ambiente socio-cultural.

Postulamos que una psicología del desarrollo tiene que tomar en consideración importantes factores tales como el momento de nacimiento, la época en que se desarrolla la infancia, el contexto histórico y socio-cultural común a grupos de individuos (a los que se llamará «generaciones» o «cohortes»). A nivel de la investigación tendrá que adoptarse un cierto número de decisiones difíciles. Es lo que ha mostrado Schaie (1965) con su modelo de tres factores (ver fig. 4).

¿Cuál es la diferencia entre un niño de siete años y un adulto de 77 años? Setenta años, evidentemente. Pero cuando el niño que hoy tiene siete años tenga 77 en el año 2050 ya no será la edad lo que les separará, serán los acontecimientos

históricos que habrán tenido lugar entre 1980 y 2050: una o varias guerras, inventos maravillosos o terroríficos, una nueva glaciación...

Si se fotografía en 1980 a dos personas de edades diferentes, infaliblemente estas dos personas habrán nacido en momentos diferentes. Si se fotografía en 1980 y en 2050 a dos personas de la misma edad, pertenecerán a generaciones dife-

MOMENTO DE LA MEDIDA

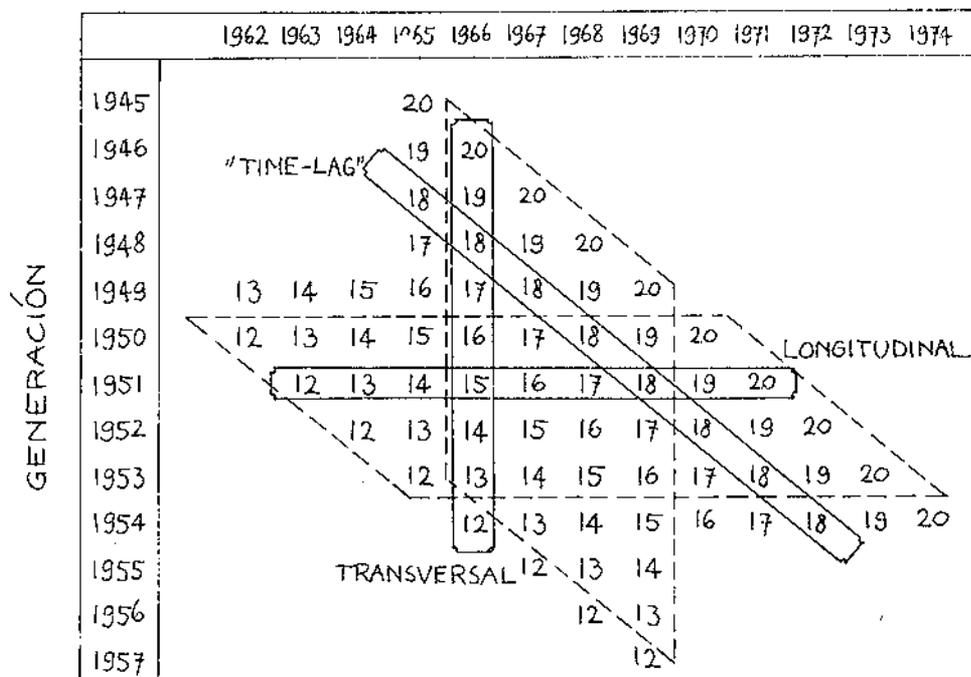


FIG. 4. El año de nacimiento de los sujetos, el año en que son examinados y su edad cronológica son tres factores relacionados entre sí. Esta figura, inspirada por Schaie (1965), permite ver cuáles son los factores confundidos en los planteamientos metodológicos clásicos. Los paralelogramos indican los grupos experimentales que sería necesario prever con el fin de disociar algunas de estas interacciones.

rentes y esto también será visible. Tres factores están, pues, imbrincados: el momento de nacimiento (que define la cohorte), la edad y el momento de la fotografía. En una investigación longitudinal se estudia un grupo de personas de la misma cohorte en momentos diferentes. Mientras la edad de nacimiento se mantiene constante, los otros dos factores, edad cronológica y momento de la observación, varían necesariamente. Nada permitirá entonces delimitar la parte respectiva del uno y de la otra en el cambio observado. En una investigación transversal el momento de la medida es el mismo para todos. Pero los sujetos —de edades diferentes— pertenecerán a cohortes diferentes y no se podrá saber a cuál de estos dos factores habrá que imputar las variaciones observadas. El método

del «time-lag» utilizado específicamente para descubrir diferencias entre generaciones confunde también dos factores, puesto que en un momento de observación determinado deberá estudiar una cohorte determinada.

Todo enfoque lineal de este tipo confunde, pues, necesariamente, el efecto de las dos variables. Para disociarlas (aunque nunca se logre disociar los efectos de la interacción) habría que considerar planos complejos cuya elección depende en particular de las hipótesis que se está dispuesto a admitir, referentes a la plausibilidad de tal o cual efecto (ver Baltes, 1968; Buss, 1973, 1974, 1975; Labouvie, 1975; Nesselroade y Baltes, 1980; Schaie, 1965, 1978; Schaie y Baltes, 1975). Por desgracia, sólo muy recientemente ha sido reconocida la importancia de estos problemas. Los estudios más importantes que han utilizado medios considerables han sido «clásicos» en su enfoque.

Las dificultades propias de las investigaciones transversales

Las medidas transversales confunden pues el efecto de la edad con el efecto del momento de nacimiento. Incluso si el resultado no queda falseado tan dramáticamente como en el ejemplo ficticio en la figura 5, el lector no podrá dejar de asombrarse por la semejanza entre la curva de evolución de la medida y del arquetipo discutido anteriormente. Pero, ¿qué muestra esta figura? Muestra una curva empírica de forma cuadrática que corresponde a un corte transversal. Los resultados que han permitido trazarla provienen, pues, de personas pertenecientes a seis grupos de edades diferentes, y que han sido interrogadas una sola vez. Sin embargo, las observaciones, una vez agrupadas, ponen de manifiesto que para «el conjunto de los sujetos», la evolución sigue una cierta tendencia: ascensión y caída, «más que ayer y más que mañana». Sin embargo, esta tendencia no existe en ninguno de los grupos particulares, pues para cada generación la curva de evolución es monótona. Simplemente, entre una generación y la siguiente la pendiente de estas curvas es diferente.

Estas funciones son teóricas y sólo podrían ser puestas en evidencia por el método longitudinal. Pero la aceleración evolutiva corresponde a una constatación bastante corriente que se puede o bien intentar explicar (el «test» ha entrado en la cultura; la especie evoluciona) o bien limitarse a registrarla (las «performances» mejoran, como en el deporte, en el que cada año se bate un nuevo récord, pero ¿hasta cuándo?). El problema es, pues, real. Aunque se constate que a los sesenta años las «performances» son «verdaderamente» menos elevadas que a los cincuenta años, siempre se podrá poner en duda el significado de esta diferencia: ¿qué habrían hecho diez años antes, estas personas de sesenta años? Las investigaciones transversales han sido justificadas en general por el hecho de que permiten una encuesta más extensa. El número de personas interrogadas, más elevado que en las investigaciones longitudinales, disminuye el riesgo de errores debidos al muestreo. Pero, es el concepto mismo de muestreo el que se pone en cuestión. Ninguna muestra, por grande que sea, podrá ser representativa de una población definida

por su edad, puesto que tener esta edad tiene un sentido que varía a lo largo de la historia.

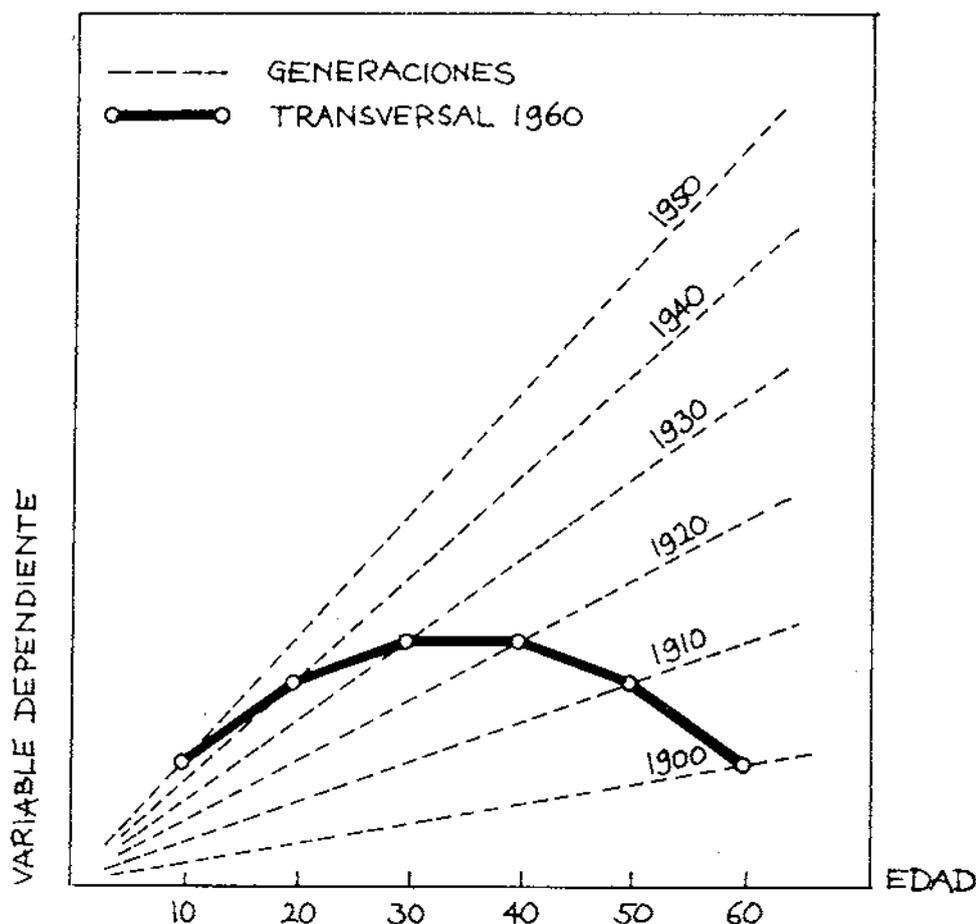


FIG. 5. Curva compuesta de elementos diversos susceptible de ser obtenida en una investigación transversal. (Extraído de Baltes, 1968, y reproducido con la autorización de S. Karger A.G., Basel).

Por otra parte las consecuencias de este hecho no se marcan sólo cuantitativamente. Tal como sucede entre los grupos de edad, sería posible que entre las cohortes pudieran observarse diferencias cualitativas. Así pues, resultados tales como los de Poitrenaud (1972) son también susceptibles de ser explicados de dos maneras. O bien la diferencia cualitativa de «estructura factorial» puesta en evidencia entre los dos grupos estudiados es debida al envejecimiento, que es lo que el autor concluye, o bien refleja una diferencia de generaciones. Esta segunda interpretación no tiene nada de inverosímil. En efecto, para el grupo de más edad, los ejes principales extraídos por el análisis factorial no ofrecían al observador nin-

gún significado inmediato. Ahora bien, es precisamente éste el fenómeno que se puede observar cuando el test (la pregunta, la situación) no tiene el mismo significado para el sujeto que para el experimentador, dicho de otra manera, si el uno y el otro pertenecen a grupos, culturas, mundos diferentes. El hecho no es nuevo en psicología, y especialmente en psicología del niño, en la que uno se esfuerza en mostrar que una respuesta «falsa» o «diferente» no es el producto de un malentendido esencial entre el psicólogo y su interlocutor, sino que revela dos opiniones diferentes acerca de un mismo objeto.

...Y las de las investigaciones longitudinales

Las investigaciones longitudinales clásicas centran el estudio sobre una cohorte, cosa que permite reducir algunos riesgos de invalidez externa (sin poder, evidentemente, eliminarlos todos). Pero además, se refieren a un grupo de individuos muy precisos que son seguidos a lo largo de los años. Otros factores perturbadores serán entonces reintroducidos. Las dificultades halladas serán pues, de dos tipos: las que están vinculadas al estudio de una sola población (una generación), y las que están vinculadas al empleo de medidas repetidas (estudio de una sola muestra).

Las primeras resultan de la confusión del factor «tiempo de la medida» con el de la edad de los sujetos. Imaginemos que entre el momento en que los sujetos estudiados tienen diez años y aquél en que tienen quince, un cambio importante y rápido ha intervenido en su ambiente, susceptible de modificar duraderamente los comportamientos medidos (introducción de la televisión en todos los hogares, cambio esencial de los métodos de enseñanza o de la organización escolar, limitación importante de los recursos como consecuencia de una catástrofe, etcétera). Las diferencias entre las observaciones pueden ser atribuidas tanto a la evolución debida de la edad de los sujetos como al impacto de estos cambios históricos sobre el desarrollo de los individuos de este grupo particular. Para otra cohorte (individuos más jóvenes o de más edad), los mismos cambios habrían intervenido en momentos diferentes de su historia personal y tendrían, por consiguiente, una importancia distinta. Semejante causa contextual es tanto más difícil de poner en evidencia cuanto que actúa a más largo término. Si resulta relativamente fácil atribuir a un acontecimiento preciso un accidente de una curva de evolución cuando ambos son contemporáneos, semejante correspondencia se revela muy difícil de descubrir a largo plazo. Si, por ejemplo, el régimen alimenticio del lactante tuviese una influencia sobre la longevidad, semejante determinismo tendría todas las posibilidades de pasar inadvertido, a medio siglo de distancia.

Sin embargo, las dificultades más graves no son probablemente éstas sino las que están vinculadas al hecho de que se sigue a los mismos sujetos durante toda su historia. Nos referimos a la mortalidad experimental y la selectividad diferencial.

En un jardín de infancia suficientemente grande se puede prever sin dema-

siados riesgos que entre los niños presentes un gran número se casará y tendrá hijos. Que algunos de ellos se divorciarán. Que parte de ellos votará la izquierda, la otra la derecha, que una parte no votará en absoluto. Que algunos serán ilustres, otros centenarios, otros homosexuales. Que algunos morirán jóvenes, de un accidente o de cáncer. Una crónica que incluyese la historia de todos estos niños mostraría ciertamente más que la multitud de hechos puntuales que describiría sería representativa. El abanico de los destinos individuales explicados de este modo sería el reflejo de otra diversidad.

El grupo de sujetos que constituye la muestra en una investigación longitudinal no puede, desgraciadamente, pretender semejante representatividad. A pesar de los esfuerzos realizados para no perder ningún espécimen de los previstos para la observación, el investigador es tributario de éstos, de su disponibilidad, de su cooperación. Ahora bien, estos factores, a más de ser el origen de una elección inicial no deseada, con el tiempo corren el riesgo de pesar cada vez más sobre la investigación. Con el transcurso de los años se sustraen del campo de investigación no solamente los sujetos que, en el sentido propio, han desaparecido, sino también todos aquellos que son inalcanzables, están enfermos, son refractarios. Pero esta «mortalidad experimental» no parece obrar al azar.

La mortalidad natural tampoco opera totalmente al azar, y los supervivientes presentan ciertas características que los distinguen de sus contemporáneos fallidos. Las compañías de seguros lo saben y están dispuestas a señalar todo criterio que pudiera ser estadísticamente fiable. Sin embargo, entre los dos tipos de selección no hay nada que permita demostrar el vínculo. La selectividad diferencial debida a la mortalidad experimental carece de razón para discriminar los sujetos exactamente de la misma forma en que lo hace la naturaleza, aunque ambas sean muy impresionantes.

La Figura 6, sacada de Siegler y Botwinick (1979) muestra unos resultados que no tienen nada de excepcional, y que se refieren a un período de veinte años (se trata del estudio longitudinal de Duke University). La selectividad sólo ha sido estudiada aquí para una medida, el coeficiente intelectual compuesto de la escala WAIS. Se ha señalado en la abcisa el número de las sesiones. Los sujetos escogidos inicialmente no pudieron presentarse a todas estas sesiones antes de desaparecer (es decir, de estar enfermo, de cambiar de casa, de rechazar el test, o de morir). En la ordenada figura la puntuación media *en la primera sesión* de todos los sujetos que se presentaron a la sesión *n*. Las curvas son, pues, sustractivas. Un sujeto que se ha presentado a la onceava sesión ha pasado necesariamente la décima sesión, la novena, y su resultado es tenido en cuenta en las medias correspondientes. Pero no todos los sujetos que han pasado la cuarta sesión han llegado a la quinta.

Las curvas muestran una tendencia muy clara: los «sobrevivientes», en el sentido figurado, son aquellos que, al principio del estudio, tenían las puntuaciones más altas. Se comprenderá que estos resultados no se pueden generalizar sin más. Si bien pueden indicar eventualmente que la inteligencia es un factor predictivo de longevidad, podrían explicarse igualmente por el hecho de que los sujetos que

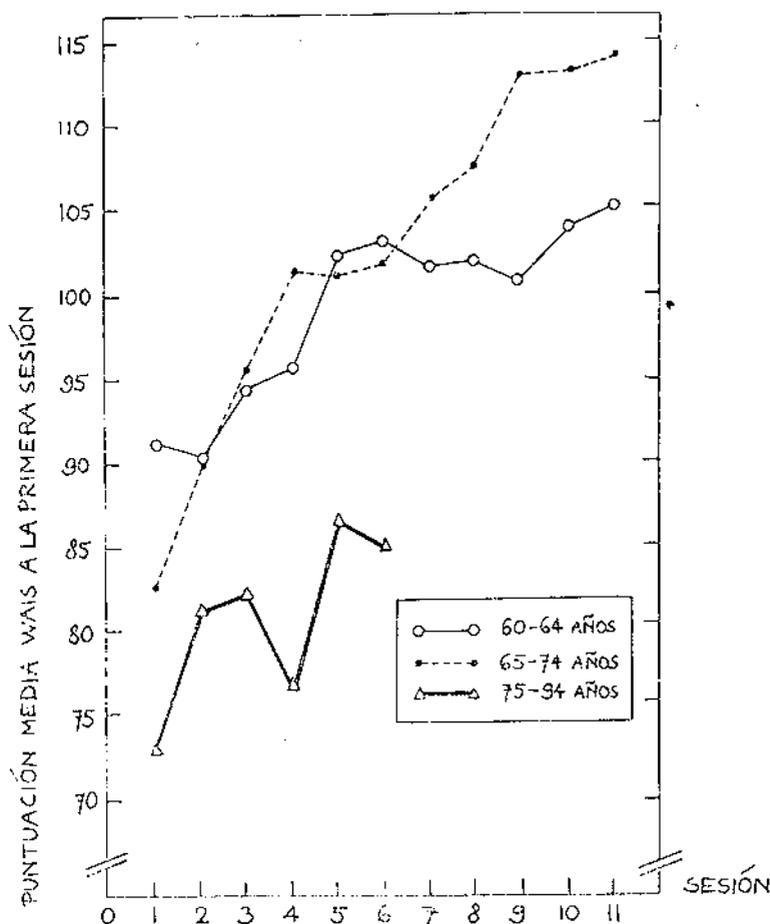


FIG. 6. Ejemplo de selectividad diferencial observada en el transcurso de una investigación longitudinal (ver texto). Extraído de Siegler y Botwinick, 1979, y reproducido con la autorización de la Gerontological Society, Washington.

tienen una puntuación elevada al principio están más motivados que los demás para continuar sirviendo de sujetos, que tienen menos tendencia a «desertar...» Finalmente, podrían ser debidos a la proximidad de la muerte si ésta estuviera vinculada a una disminución súbita de las «performances». Esta hipótesis que pone totalmente en causa la utilización de medidas medias calculadas sobre el grupo ha sido, como las otras dos, considerada seriamente.

¿Una «caída final?»

Un último punto técnico tiene que ser considerado antes de formular desde una distancia más apropiada las críticas que permiten el intercambio y las tentativas de respuesta interdisciplinarias.

Longitudinales o transversales, las investigaciones psicológicas han querido paliar las dificultades de la empresa nomográfica razonando estadísticamente. Pero los desvíos interpretativos ilícitos son demasiado fáciles. Uhlenberg (1969), en un estudio demográfico, da un ejemplo impresionante de ello. Es posible definir un «ciclo normal de vida» en términos de probabilidades secuenciales. La existencia puede ser representada esquemáticamente por un árbol, y cada punto indica una elección cuyos desenlaces son más o menos probables. Una vez nacidas, las mujeres que él estudiaba tenían más posibilidades de sobrepasar los 20 años que de morir jóvenes. Doblado este cabo, tenían más posibilidades de casarse que de permanecer solteras. Casadas, tendrían hijos... etc. De este modo, de nudo en nudo en el árbol de las posibilidades, podía trazarse un curriculum «normal». Sin embargo, este ciclo, aunque más probable que cualquier otro, representaba para la cohorte de 1830 el destino de una mujer de cada cinco, y según esta definición, las otras cuatro tenían que ser consideradas como atípicas.

Inferir el desarrollo de una evolución individual a partir de una curva obtenida sobre el grupo expone a los mismos hechos desagradables. Por esto, si para una muestra la «performance» colectiva decrece a partir de cierta edad, esta disminución puede ser el reflejo de una tendencia universal al declive, o ser debida a una caída de las «performances» de algunos miembros del grupo que desequilibran de este modo la media del conjunto. La hipótesis de una «caída final» podría también en cierta medida, explicar la forma de una curva compuesta regularmente (y lentamente) decreciente. Un artificio permite entonces, si no probarla, por lo menos mostrar su plausibilidad. En vez de tomar como origen el momento del nacimiento, y de señalar las «performances» en función de la edad cronológica, se pueden acumular las curvas individuales considerando la muerte como punto de referencia. En lugar de quedar ocultas por las variaciones de la edad del fallecimiento, las caídas quedarán acumuladas y representarán con más exactitud la forma de las «performances» individuales durante el tiempo que precede al fallecimiento.

En lugar de un declive lento y regular (a partir de 40, de 20, incluso de 10 años), aparece una imagen diferente, la de un perfil roto, y que puede ser vinculado a la tesis de la involución más fácilmente que el otro... Aunque la hipótesis de la caída final no sea aceptada sin reserva (ver Siegler, 1975), varios estudios contribuyen a hacerla verosímil (Jarvick y Blum, 1971; Lieberman y Coplan, 1970; Reimanis y Green, 1971; Riegel, 1971; Riegel y Riegel, 1972). Pone también sobre el tapete el problema de los determinismos. Más allá de las constataciones brutas, es la explicación que una vez más se revela central. La vejez, ¿se explica por el envejecimiento? Mientras que el análisis metodológico permite la crítica de los hechos, su significado no puede captarse cuando se les aísla del contexto que los ha impuesto a la mirada.

OBSERVACIONES FINALES

Quelle resverie est-ce de s'attendre de mourir d'une defaillance de forces que l'extreme vieillesse apporte, et de se proposer ce but a nostre durée, veu que c'est l'espèce de mort la plus rare de toutes et la moins en usage? Nous l'appelons seule naturelle, comme si c'estoit contre nature de voir un homme se rompre le col d'une cheute, s'estoufer d'un naufrage, se laisser surprendre a la peste ou à une pleurésie, et comme si nostre condition ordinaire ne nous présenteoit à tous ces inconvenients.

Montaigne, *Essais*, Livre I, chap. LVII.

No morimos de vejez y no envejecemos por los años. Esta tercera edad de la vida ¿qué es pues? Para comprenderla, en lugar de una biología de la senescencia, habría que intentar una fenomenología de la vejez.

«Cuando sea mayor...», dice el niño. «Cuando seas vieja...», dice el poeta. «Cuando seamos viejos...» dicen aquellos que todavía no se sienten viejos. Reconociendo hoy solamente la vejez de los demás, y situando la propia en el futuro, ¿qué hacemos sino convertirla en intemporal? Privada de sus raíces, puesto que lo que sería un pasado vivido como tal es nuestro presente actual, la vejez se convierte en objeto de la mirada. Puesta a distancia deja de imponer a la conciencia el sentimiento de nuestra temporalidad y podemos, separados de ella, olvidar que ser en el tiempo es tener que morir.

Para comprender la vejez hay que mirar necesariamente la muerte. Es preciso, no porque la muerte esté «naturalmente» unida a la vejez, sino porque el ser humano tiende «naturalmente» a convencerse de ello. En el gran conflicto que le opone personalmente al tiempo, quiere olvidar que la vida sólo se define por la muerte e intenta negar esta última secuestrando aquélla. Las «edades de la vida» son una respuesta de la imaginación humana a una pregunta que no le había hecho la Esfinge, sino que ella misma se formulaba. Como todo conocimiento explícito esta respuesta cumple una función ordenadora y tranquilizante que nuestros recientes saberes, objetivos y desparramados, no pueden poner en causa, puesto que son el producto de la misma preocupación de esquematización.

Ser viejo es estar próximo a la muerte. Si la imagen de la vejez ha sido creada para alejar de nosotros la imagen de esta proximidad, ¿por qué asombrarnos de que, en tanto que seres humanos, nos cueste tanto reconocernos como viejos? No se entra en la vejez, nos acercamos a ella subjetivamente hasta reconocer, a fuerza de cambios, que el envejecimiento ha obrado demasiado bien. Mientras que el niño registra como otras tantas victorias su primer viaje, su primer día de colegio, su primera comunión, la persona que reconoce su vejez, a cada acontecimiento que le afecta se pregunta si será el último... Pero ¿cómo se ha producido este cambio? y ¿cuándo?

El envejecimiento es un devenir. El estado de anciano, sin embargo, igual que el fruto de este devenir es el producto de una violencia ejercida por la sociedad sobre el adulto que envejece. Niños y adultos de todas las edades consideran negativamente la vejez (McTavish, 1971). Adultos de edad avanzada, con más o menos conformidad, aceptan estos juicios, incluso si no se identifican (todavía) con el retrato que contribuyen a trazar. Pero si tantas personas consideradas viejas por el vecino, por los hijos, por los demás, se consideran a sí mismas «más jóvenes que su edad», o simplemente «que envejecen», ello es la prueba de que los ritos de paso que se quisieran imponer no corresponden a ninguna función de integración. No avalan un estatus, no constituyen un reconocimiento, sino que excluyen, penalizan, condenan. Son subjetivamente inaceptables, pero acaban por imponer su ley al sujeto. La jubilación obligatoria, que Guillemand (1972) ha denominado «una muerte social», es el ejemplo de un tratamiento normalizante que, de ser un privilegio concedido a un individuo socialmente reconocido, se ha convertido en sanción. Ahora bien, después del Tercer Mundo, del segundo sexo, ha habido que inventar la *cuarta* edad, porque la etiqueta de «tercera edad» se había vuelto impropia y no designaba ya lo que tenía que designar. La «tercera edad» no es ya, hoy, la vejez vivida como tal y aceptada, sino la edad del jubilado, al que se ha querido relegar artificialmente al papel de anciano. Un límite arbitrario fijado desde fuera no puede ciertamente transformar de un golpe al adulto activo en anciano resignado, sino que contribuye en una medida dramática a acelerar el declive que «la naturaleza» impone.

La evolución del adulto pasa también por fases más o menos determinadas socialmente. Las crisis, o las reestructuraciones, en una sociedad dada, adquieren casi un carácter normativo (ver Datan y Ginsberg, 1975). Los ciclos de la vida familiar (Elder, 1975, 1977) y de la integración profesional interactúan y modelan unas secuencias que, como las que describe Uhlenberg, son típicas de ciertas categorías. Una mujer casada que tenga hijos se verá, a una determinada edad, confrontada con la marcha de sus hijos y con el sentimiento de vacío y de inutilidad que ello lleva consigo; el reemprender una actividad profesional podrá devolver un sentido a su vida; para un hombre, las «crisis» son distintas, pero presentan también a la mirada del observador un cierto carácter de regularidad (Löwenthal, Turner, Chiriboga, 1976). Con la edad de la jubilación están vinculadas modificaciones no sólo del estatus social y profesional, sino de ingresos, de ambiente. Estas modificaciones se añaden a los cambios físicos que el individuo percibe y que le resultan penosos; se añaden a las pérdidas afectivas que jalonan su existencia. La renuncia («disengagement») de la que se ha querido hacer una teoría, es, de hecho, una constatación: ¿qué otra alternativa se le ofrece al individuo, aquí y hoy?

Pero una cosa sería intentar comprender, en una perspectiva no reduccionista, el porqué de este estado de hecho (ver, por ejemplo, Bennett y Ahammer, 1977; Elder y Rockwell, 1979); y otra cosa ofrecer intentos de solución que no resulten irrisorios ante la magnitud de los problemas.

RESUMEN

La psicología genética, en la medida en que tiene por finalidad explícita el estudio de la formación de nociones, conceptos, estructuras, está centrada en un modelo final. La psicología del desarrollo, más ambiciosa, quiere comprender las etapas de una historia sin darse un modelo «a priori». Pero si bien parece relativamente fácil trazar el desarrollo psicológico del niño, la edad adulta y la vejez no han dado lugar apenas, hasta este momento, a teorías psicológicas autónomas. Las dificultades de una tarea de este tipo provienen tanto de la cosmología organicista, característica de la mayoría de las aproximaciones, como de los problemas metodológicos específicos. La autora examina sucesivamente estos dos aspectos, insistiendo especialmente en el último. Muestra la ambigüedad de los resultados proporcionados por las investigaciones tradicionales, y menciona algunas técnicas susceptibles de mejorar la investigación empírica. Finalmente intenta ubicar de nuevo los conceptos de vejez y de envejecimiento, y sugiere que la gerontología no puede prescindir de un análisis fenomenológico de la condición de anciano.

SUMMARY

As far as genetic psychology explicitly looks for the construction of notions, concepts or structures, it refers to a model, i.e., that of a final stage. More ambitiously, developmental psychologists would like to understand (describe) the stages of a history without being tied to a priori standards. But if sketching the psychological development of the child might seem a relatively easy task, such is not the case with the adult or the elderly. The difficulties inherent in the construction of a theory of life-span development arise from two main causes: the organismic cosmology, and specific methodological problems. Both aspects are discussed, emphasis being placed on the latter. The author shows how ambiguous the data of traditional investigations are, and mentions some of the available technical improvements. Finally, she argues that a multidisciplinary science like gerontology is unable to reach its object unless a phenomenological analysis of the condition of «being aged» is attempted.

RÉSUMÉ

La psychologie génétique, dans la mesure où elle a pour but explicite d'étudier la formation de notions, de concepts, de structures, est centrée sur un modèle final. La psychologie du développement, plus ambitieusement, voudrait comprendre les étapes d'une histoire sans se donner d'étalon a priori. Mais alors qu'il semble relativement aisé de tracer le développement psychologique de l'enfant, les âges adulte et de la vieillesse n'ont guère jusqu'ici donné lieu à des théories psychologiques autonomes. Les difficultés d'une telle entreprise tiennent d'une part à la cosmolo-

gie organiciste propre à la plupart des approches du développement; d'autre part, aux problèmes méthodologiques spécifiques. L'auteur examine successivement ces deux aspects, en insistant sur le dernier. Elle montre l'ambiguïté des résultats fournis par les recherches traditionnelles, et mentionne quelques techniques susceptibles d'améliorer l'investigation empirique. Finalement, elle essaie de replacer côte à côte les concepts de vieillesse et de vieillissement, et suggère que la gérontologie ne peut se passer d'une analyse phénoménologique de la condition de vieillard.

REFERENCIAS

- BACK, K. W., y BOURQUE, L. B.: Life graphs: Aging and cohort effect. *Journal of Gerontology* 1970, 25, 249-255.
- BALTES, P. B.: Longitudinal and cross-sectional sequences in the study of age and generation effects. *Human Development*, 1968, 11, 145-171.
- BENNETT, K. C., y AHAMMER, I. M.: Toward a social deficit model of ageing. *Australian Journal of Social Issues*, 1977, 12, 3-18.
- BÜHLER, Ch.: *Der menschliche Lebenslauf als psychologisches Problem*. Leipzig: Hirzel, 1933.
- BÜHLER, Ch.: Zur Psychologie des menschlichen Lebenslaufes. *Psychologische Rundschau*, 1957, 8, 1-5.
- BUSS, A. R.: An extension of developmental models that separate ontogenetic changes and cohort differences. *Psychological Bulletin*, 1973, 80, 466-479.
- BUSS, A. R.: Generational analysis: Description, explanation, and theory. *Journal of Social Issues*, 1974, 30, 55-71.
- BUSS, A. R.: More on the age x cohort developmental model: Reply to Labouvie. *Psychological Bulletin*, 1975, 82, 170-173.
- DATAN, N., & GINSBERG, L. H. (Eds.): *Life-span developmental psychology: Normative life crises*. New York: Academic Press, 1975.
- ELDER, G. H.: Age differentiation and the life course. *Annual Review of Sociology*, 1975, 1, 165-190.
- ELDER, G. H.: Family history and the life course. *Journal of Family History*, 1977, 2, 279-304.
- ELDER, G. H., & ROCKWELL, R. C.: The life course and human development: An ecological perspective. *International Journal of Behavioral Development*, 1979, 2, 1-21.
- ELO, A. E.: Age changes in master chess performance. *Journal of Gerontology*, 1965, 20, 289-299.
- GUILLEMAND, A. M.: *La retraite, une mort sociale: sociologie des conduites en situation de retraite*. Paris/The Hague: Mouton, 1972.
- JARVIK, L. F., & BLUM, J. E.: Cognitive declines as predictors of mortality in twin pairs: A twenty-year longitudinal study of aging. In E. Palmore & F. C. Jeffers (Eds.), *Prediction of life span*. Lexington, Mass.: Heath Lexington Books, 1971, pp. 199-211.
- LABOUVIE, E. W.: An extension of developmental models: Reply to Buss. *Psychological Bulletin*, 1975, 82, 165-169.
- LIEBERMAN, M. A., & COPLAN, A. S.: Distance from death as a variable in the study of aging. *Developmental Psychology*, 1970, 2, 71-84.
- LÖWENTHAL, M. F., THURNER, M., CHIRIBOGA, D.: *Four stages of life: A comparative study of women and men facing transitions*. San Francisco: Jossey-Bass, 1976.
- MCTAVISH, D. G.: Perceptions of old people: A review of research methodologies and findings. *Gerontologist*, 1971, 11, 90-101.
- NESSERLOADE, J. R., & BALTES, P. B. (Eds.): *Longitudinal research in the study of behavior and development*. New York: Academic Press, 1980.
- PACAUD, S.: Psychologie génétique et gérontologie. Le commencement de la fin: vieillissons-nous dès la naissance? *Psychologie Française*, 1965, 10, 309-335.
- PEPPER, S. C.: *World hypotheses: A study in evidence*. Berkeley: University of California Press, 1942.
- PIAGET, J.: Assimilation et connaissance. In A. Jonckheere, B. Mandelbrot & J. Piaget: *La lecture de l'expérience. Etudes d'épistémologie génétique 5*. Paris: P.U.F., 1958, pp. 49-108.
- POITRENAUD, J.: *Structure des aptitudes cognitives et vieillissement*. Paris: Fondation nationale de gérontologie, 1972.

- REESE, H. W., & OVERTON, W. F.: Models of development and theories of development. In L. R. Goulet & P. B. Baltes (Eds), *Life-span developmental psychology: Research and theory*. New York: Academic Press, 1970, pp. 115-145.
- REIMANIS, C., & GREEN, R. F.: Imminence of death and intellectual decrement in the aging. *Developmental Psychology*, 1971, 5, 270-272.
- RIEDEL, K. F.: The prediction of death and longevity in longitudinal research. In E. Palmore & F. C. Jeffers (Eds), *Prediction of life span*. Lexington, Mass.: Heath Lexington Books, 1971, pp. 139-152.
- RIEDEL, K. F. (Ed.): The development of dialectical operations. *Human Development*, 1975, 18, (1-2 and 3).
- RIEDEL, K. F., & RIEDEL, R. M.: Development, drop and death. *Developmental Psychology*, 1972, 6, 306-319.
- RILEY, M. W. (Ed.): *Aging from birth to death*. Boulder: Westview Press, 1979.
- SCHAE, K. W.: A general model for the study of developmental problems. *Psychological Bulletin*, 1965, 64, 92-107.
- SCHAE, K. W.: External validity in the assessment of intellectual development in adulthood. *Journal of Gerontology*, 1978, 33, 695-701.
- SCHAE, K. W., & BALTES, P. B.: On sequential strategies in developmental research: Description or explanation? *Human Development*, 1975, 18, 384-390.
- SIEGLER, I. C.: The terminal drop hypothesis: Fact or artifact? *Experimental Aging Research*, 1975, 1, 169-185.
- SIEGLER, I. C., & BOTWINICK, J.: A long-term longitudinal study of intellectual ability of older adults: The matter of selective subject attrition. *Journal of Gerontology*, 1979, 34, 242-245.
- UHLENBERG, P. R.: A study of cohort life cycles: Cohorts of native born Massachusetts women, 1830-1920. *Population Studies*, 1969, 23, 407-420.

BIBLIOGRAFIA

- ACHENBACH, T. M.: *Research in developmental psychology: Research and theory*. New York: Free Press, 1978.
- ADAMS, C. W.: The age at which scientists do their best work. *Isis*, 1945-46, 36, 166-169.
- AJURIAGUERRA, J. de, & TISSOT, R.: Aspect psychologique de la sénescence. In E. Martin & J. P. Junod (Eds), *Abrégé de gérontologie*. Bern: Huber, 1977, pp. 47-55.
- AHAMMER, I. M., & BALTES, P. B.: Objective versus perceived age differences in personality: How do adolescents, adults, and older people view themselves and each other? *Journal of Gerontology*, 1972, 27, 46-51.
- BALTES, P. B., & BALTES, M. M.: Plasticity and variability in psychological aging: Methodological and theoretical issues. Symposium contribution to appear in «Methodological considerations in determining the affects of aging on the CNS». Dept. of Gerontology and Institute of Neuropsychopharmacology, Free University of Berlin, Berlin, July, 5-7, 1979.
- BALTES, P. B., & GOULET, L. R.: Exploration of developmental variables by manipulation and simulation of age differences in behavior. *Human Development*, 1971, 14, 149-170.
- BALTES, P. B., REESE, H. W., & LIPSITT, L. P.: Life-span developmental psychology. *Annual Review of Psychology*, 1980, 31, in preparation.
- BALTES, P. B., & SCHAE, K.W. (Eds): *Life-span developmental psychology: Personality and socialization*. New York: Academic Press, 1973.
- BAYLEY, N.: The life span as a frame of reference in psychological research. *Vita Humana*, 1963, 6, 125-139.
- BAYLEY, N.: Methodological problems in longitudinal research. Read at the Sixth International Congress of Child Psychiatry, Symposium on Problems of Research and Methodology. Edinburg, July 24-29, 1966.
- BENGTSON, V. L., & KUYPERS, J. A.: Generational difference and the developmental stake. *Aging and Human Development*, 1971, 2, 249-259.
- BERGMANN, L. R.: Inferential aspects of longitudinal data in studying developmental problems. *Human Development*, 1972, 15, 287-293.
- BERKOWITZ, B., & GREEN, R. F.: Changes in intellect with age: I. Longitudinal study of Wechsler-Bellevue scores. *Journal of Genetic Psychology*, 1963, 103, 3-21.
- BIRREN, J. E.: Toward an experimental psychology of aging. *American Psychologist*, 1970, 25, 124-135.

- BIRREN, J. E., BUTLER, R. N., GREENHOUSE, S. W., SOKOLOFF, L., & YARROW, M. R.: *Human aging*. Washington, D.C.: Public Health Service Publications, 1963, n.° 986.
- BIRREN, J. E., & SCHAEIE, K. W. (Eds): *Handbook of the psychology of aging*. New York: Van Nostrand Reinhold, 1977.
- BLOCK, J. (in collaboration with N. Haan): *Lives through time*. Berkeley, California: Bancroft Books, 1971.
- BLUM, J. E.: Psychological changes between the seventh and ninth decades of life. Doctoral dissertation, St. John's University, 1969.
- BORTNER, R. W., & HULTSCH, D. F.: Personal time perspective in adulthood. *Developmental Psychology*, 1972, 7, 98-103.
- BOTWINICK, J.: Geropsychology. *Annual Review of Psychology*, 1970, 21, 239-272.
- BRITTON, J. H., & BRITTON, J. O.: *Personality changes in aging: A longitudinal study of community residents*. New York: Springer, 1972.
- BROMLEY, D. B.: *The psychology of human ageing*. Harmondsworth: Penguin, 1974.
- BRONFENBRENNER, U.: Reality and research in the ecology of human development. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 1975, 119, 439-469.
- BRONFENBRENNER, U.: Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 1977, 32, 513-531.
- BÜHLER, Ch.: Old age fulfilment of life with considerations of the use of time in old age. *Vita Humana*, 1961, 4, 129-133.
- BÜHLER, Ch.: The course of human life as a psychological problem. *Human Development*, 1968, 11, 184-200.
- BÜHLER, Ch., BRIND, A., & HORNER, A.: Old age as a phase of human life. *Human Development*, 1968, 11, 53-63.
- BÜHLER, Ch., & MASSARIK, F. (Eds): *The course of human life: A study of goals in the humanistic perspective*. New York: Springer, 1968.
- BUTLER, R. N.: Aspects of survival and adaptation in human aging. *American Journal of Psychiatry*, 1967, 123, 1.233-1.243.
- CLAYTON, V.: Erikson's theory of human development as it applies to the aged: Wisdom as contradictory cognition. *Human Development*, 1975, 18, 119-128.
- CRYNS, A. G., & MONK, A.: Attitudes of the aged toward the young: A multivariate study of inter-generational perception. *Journal of Gerontology*, 1972, 27, 107-112.
- DATAN, N., & REESE, H. W. (Eds): *Life-span developmental psychology: Dialectical perspectives on experimental research*. New York: Academic Press, 1976.
- DATAN, N., SARDELLO, R. J., MARNOCCHA, M., RAPPOPORT, L. & COHLER, B. J.: The life cycle, aging, and death: dialectical perspectives. *Human Development*, 1977, 20, 185-216.
- DENNEY, N. W., & WRIGHT, J. C.: Cognitive changes during the adult years: Implications for developmental theory and research. In H. W. Reese (Ed.), *Advances in child development and behavior*, Vol. 11. New York: Academic Press, 1976, pp. 213-224.
- DENNIS, W.: The age decrement in outstanding scientific contributions: Fact or artifact? *American Psychologist*, 1958, 13, 457-460.
- DENNIS, W.: Creative productivity between the ages of 20 and 80 years. *Journal of Gerontology*, 1966, 21, 1-8.
- DOWD, J. J.: Aging as exchange: A preface to theory. *Journal of Gerontology*, 1975, 30, 584-594.
- EISDORFER, C., & LAWTON, M. P. (Eds.): *The psychology of adult development and aging*. Washington, D. C.: APA, 1973.
- ERIKSON, E. H.: Identity and the life cycle: Selected papers. *Psychological Issues*, 1959, 1 (1, whole no 1).
- GOULET, L. R., & BALTES, P. B.: *Life-span development psychology: Research and theory*. New York: Academic Press, 1970.
- GRANICK, S., & PATERSON, R. D.: *Human aging II*. Washington, D. C.: U.S. Government Printing Office, 1971, Publication No 71-9037.
- HAAN, N., & DAY, D.: A longitudinal study of change and sameness in personality development: Adolescence to later adulthood. *International Journal of Aging and Human Development*, 1974, 5, 11-39.
- HOFSTÄTTER, P. R.: Tatsachen and Probleme einer Psychologie des Lebenslaufs. *Zeitschrift für Angewandte Psychologie und Charakterkunde*, 1938, 53, 273-333.
- HOOPER, F. H., FITZGERALD, J., & PAPALIA, D.: Piagetian theory and the aging process: Extensions and speculations. *Aging and Human Development*, 1971, 2, 3-20.

- HORN, J. L., & DONALDSON, G.: On the myth of intellectual decline in adulthood. *American Psychologist*, 1976, 31, 701-719.
- HULTSCH, D. F., & PLEMONS, J. K.: Life events and life-span development. In P. B. Baltes & O. G. Brim (Eds.), *Life-span development and behavior*, Vol. 2. New York: Academic Press, 1979, pp. 1-36.
- HUSTON-STEIN, A., & BALTES, P. B.: Theory and method in life-span developmental psychology: Implications for child development. In H. W. Reese (Ed.), *Advances in child development and behavior*, vol. 11. New York: Academic Press, 1976, pp. 169-188.
- LABOUVIE-VIEF, G.: Adult cognitive development: In search of alternative interpretations. *Merrill Palmer Quarterly*, 1977, 23, 227-264.
- LAWTON, M. P., & NAHEMOW, L.: Ecology and the aging process. In C. Eisdorfer & M. P. Lawton (Eds.), *The psychology of adult development and aging*. Washington, D. C.: APA, 1973, pp. 619-674.
- LEHMANN, H. C.: The age decrement in outstanding scientific creativity. *American Psychologist*, 1960, 15, 128-134.
- MAAS, H. S., & KUYPERS, J. A.: *From thirty to seventy*. San Francisco: Jossey-Bass, 1974.
- MORGAN, L. A.: Toward a formal theory of life course continuity and change. Paper presented at the 30th Annual Meeting of the Gerontological Society, San Francisco, California, November 1977.
- NESSELROADE, J. R., & REESE, H. W. (Eds.): *Life-span developmental psychology: Methodological issues*. New York: Academic Press, 1973.
- NESSELROADE, J. R., SCHAIE, K. W., & BALTES, P. B.: Ontogenetic and generational components of structural and quantitative change in adult behavior. *Journal of Gerontology*, 1972, 27, 222-228.
- NEUGARTEN, B. L. (Ed.): *Middle age and aging*. Chicago: University of Chicago Press, 1968.
- NEUGARTEN, B. L.: Dynamics of transition of middle age to old age: Adaptation and the life cycle. *Journal of Geriatric Psychiatry*, 1970, 4, 71-87.
- NEUGARTEN, B. L.: Personality change in late life: A developmental perspective. In C. Eisdorfer & M. P. Lawton (Eds.), *The psychology of adult development and aging*. Washington, D. C.: APA, 1973, pp. 311-335.
- OERTER, R. (Ed.): *Entwicklung als lebenslanger Prozess*. Hamburg: Hoffmann & Campe, 1978.
- OLBRICH, E., & THOMAE, H.: Empirical findings to a cognitive theory of aging. *International Journal of Behavioral Development*, 1978, 1, 67-82.
- PALMORE, E. B. (Ed.): *Normal aging I*. Durham, North Carolina: Duke University Press, 1970.
- PALMORE, E. (Ed.): *Normal aging II: Reports from the Duke longitudinal studies, 1970-73*. Durham, North Carolina: Duke University Press, 1974.
- RIEGEL, K. F.: The changing individual in the changing society. In F. J. Monks, W. W. Hartrup, & J. DeWitt (Eds.), *Determinants of behavioral development*. New York: Academic Press, 1972.
- SALTZ, R.: Aging persons as child-care workers in a foster-grandparent program: Psychosocial effects and work performance. *Aging and Human Development*, 1971, 2, 314-340.
- SCHAIE, K. W.: Toward a stage theory of adult cognitive development. *Journal of Aging and Human Development*, 1977-78, 8, 129-138.
- SCHAIE, K. W., & GRIBBIN, K.: Adult development and aging. *Annual Review of Psychology*, 1975, 26, 65-96.
- SCHAIE, K. W., & PARHAM, I. A.: Stability of adult personality traits: Fact or fable? *Journal of Personality and Social Psychology*, 1976, 34, 146-158.
- THOMAE, H. (Ed.): Patterns of aging. Findings from the Bonn longitudinal study of aging. *Contributions to Human Development*, No 3. Basel: Karger, 1976.
- THOMAE, H.: The concept of development and life-span developmental psychology. In P. B. Baltes & O. G. Brim (Eds.), *Life-span development and behavior*, Vol. 2. New York: Academic Press, 1979, pp. 281-312.
- Vieillir en Suisse. Rapport 1979. Bern: Office Central Fédéral des imprimés et du Matériel, 1979.
- WHITBOURNE, S. K., & WATERMAN, A. S.: Psychosocial development during the adult years: Age and cohort comparisons. *Developmental Psychology*, 1979, 15, 373-378.
- WOHLWILL, J. F.: The age variable in psychological research. *Psychological Review*, 1970, 77, 49-64.
- WOHLWILL, J. F.: *The study of behavioral development*. New York: Academic Press, 1973.
- WOODRUFF, D. S., & BIRREN, J. E.: Age changes and cohort differences in personality. *Developmental Psychology*, 1972, 6, 252-259.

